

encargao al sinvergüenza ese de Liborio, que sabe de albañilería lo que yo no sé.

CHI.—Señor Cayetano, desde el tiempo de los fberos y de los celtas, los íberos que medran y viven, son los chismosos y los tiralevitas, como ese.

CAY.—Y no es eso lo que más me agobia. Es que este Liborio, que como primo segundo de mi mujer, me está haciendo la cama en casa.

CHI.—¿Cómo dice usted?

CAY.—Que no doy un paso que no lo sepan mi mujer y mi hija. ¿Te acuerdas la otra noche cuando estuvimos en el *Ateneo*?

CHI.—¡Ah! Sí. ¿En el bar ese de camareras?

CAY.—Bueno, pues al día siguiente se lo fué soplando a mi mujer.

CHI.—Es un soplón.

CAY.—Por supuesto, que esto va a durar hasta que a mí se me hinchen las narices. Porque bueno es que yo lo aguante en la vida oficial de bañil; pero en la vida íntima del hogar, ¿de qué, hombre, de qué? ¿No te parece? (*Se oye hablar por dentro a Lorenza y Anita.*)

CHI.—Lo que me parece es que vienen su mujer y su hija.

CAY.—A darme algún sablazo. (*Aparecen en escena. Vienen regañando.*)

ANI.—Le he dicho a usted que no, que no, y que no. Yo las quiero de modo y si no, voy con alpargatas, eso es.

LOR.—Pues ahí tiés a tu padre; cuéntaselo.

CAY.—¿Qué pasa?

LOR.—Tu hija que se nos está volviendo la mar de coqueta. ¿Tú sabes el mocón que me ha dao? Empeñá en que la compre botas de última moda.

ANI.—¡Pues es claro! Como las llevan las de mi obrador.

CAY.—¿Y cuánto valen esas botas?

LOR.—Seis duros.

CAY.—¿Seis duros? Eso es mucho arroz.

LOR.—Es que esta chica se ha creído lo menos que es hija de un arquitecto. No, hija mía, no; tu padre no es más que un triste peón, y de los malos.

CAY.—Oye, Lorenza. Eso de malo poco a poco. Yo soy tan bueno como el primero.

LOR.—Ya se conoce. Llevas cuarenta años de oficio y no has pasado de peón de mano. Ahí tiés a Liborio, a mi primo: cuatro días lleva y ya es encargado.

CHI.—Bueno; Liborio es lo que es, por lo que es y no por lo que él es.

CAY.—Eso es. Y yo soy como soy, y el que es como yo soy tié que ser como es.

CHI.—Habrá usted visto que esto es cervantino puro.

LOR.—Ya se conoce que frecuentáis el *Ateneo*. (*Con malicia.*)

ANI.—Pero, bueno, madre, ¿hemos venío aquí pa eso?

CAY.—Eso digo yo: que si ha venío a darme la sinfonía.

LOR.—He venío a lo que he venío, ya lo sabes. A que si tú dispones de mucho dinero le compres a tu hija botas de última novedad.

CAY.—Yo no tengo un botón. Ya sabes que te entrego el jornal casi íntegro todas las semanas.

ANI.—Pues yo trabajo y soy una chica joven y no quiero llevar más que de cinco pesetas. ¡Que no, que no, y que no!

CHI.—Tie razón la Anita. Es una lástima que esos pies tan finos lleven calza tan ordinario.

LOR.—Bueno; menos jabón, ¿eh? Que yo te he visto a tí de venir. Tú me echao el ojo a la chica; pero límpiase, que estás de yeso. Esta hija la he criado yo pa uno de carrera.

CHI.—Le advierto a usted que yo voy a estudiar la telegrafia sin hilos.

LOR.—Pues anda y que te aprueben.

CHI.—Además, que si yo quiero a la chica, no es cuenta de usted. Ella es que tié que decirme sí o no.

ANI.—Ya te he dicho muchas veces que no.